

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA. DE LA MILITANCIA APOSTÓLICA AL COMPROMISO POLÍTICO

FELICIANO MONTERO

En los años sesenta el modelo de Acción Católica (en adelante AC) especializada tendía a expandirse rápidamente no sólo en el conjunto de los movimientos juveniles, sino en toda la AC, incluidas las ramas adultas de hombres y mujeres. Y, paralelamente a esa difusión del método de la “pedagogía activa”, también se extendía progresivamente una conciencia social y política crítica con el régimen y comprometida en su transformación. La primavera de 1962, cuando el conjunto de la Acción Católica Española (ACE) decide apoyar la implicación de los movimientos apostólicos obreros en las huelgas, marca quizá el punto de inflexión. En este escrito me centro en los movimientos juveniles, y muy especialmente, en la JOC y en la JEC, pero conviene no perder de vista el proceso general del conjunto de la ACE en el que influyen y se insertan los movimientos especializados juveniles¹. En el caso de la JOC, además, hay que tener en cuenta su relación e inserción en el conjunto de la AC obrera, la HOAC y las Vanguardias.

Se trata de presentar un panorama de la contribución de los Movimientos juveniles de AC, preferente, pero no exclusivamente, la JOC y la JEC, en la lucha por la democracia, subrayando su aportación en la preparación del lento camino que desembocó en el éxito de la transición. Como ya se ha señalado en trabajos anteriores, esa contribución se puede sintetizar en tres niveles o funciones significativas:

-
1. Una visión de conjunto de la AC española en los años 60, en F. Montero, *La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica especializada*, Madrid, 2000, UNED. También en el monográfico de *XX Siglos*, nº 49, 2001, sobre “La Acción Católica durante el franquismo”

- como instrumentos de mentalización y concienciación en unos valores y prácticas “democráticas”; y en ese sentido, educadores no sólo de los militantes, sino de amplios colectivos más o menos incorporados en las acciones destinadas a las “masas”
- como portavoces de reivindicaciones y críticas sociales y políticas al régimen, ejerciendo una de las funciones, la “tribunicia”, que, según analistas políticos como G. Hermet, la Iglesia desempeña en regímenes autoritarios.
- como formadores y abastecedores de militantes y cuadros en diversos sindicatos y partidos, en la clandestinidad y en la transición, a partir de la crisis de los partidos confesionales.

Todas estas contribuciones merecen ser analizadas y estudiadas detenidamente en investigaciones locales, pero entre ellas nos parece especialmente importante subrayar la función concienciadora o mentalizadora en valores democráticos. Función no directamente política, ni inmediatamente deslegitimadora, y, en ese sentido, no propiamente antifranquista. Pero sí potencialmente, a medio y largo plazo. Y, sobre todo, mucho más relevante por su amplia difusión que la directamente implicada en la crítica, denuncia o deslegitimación (declaraciones, o juicios cristianos sobre situaciones concretas), o en la lucha política o sindical clandestina. Esta tarea educadora y concienciadora en valores participativos y democráticos, anticipadores y preparadores de la transición democrática, es la que llevaron a cabo especialmente los movimientos juveniles de AC en un tiempo relativamente corto pero intenso, aproximadamente entre 1956 y 1966.

La crisis de 1966-68, es decir la intervención disciplinar de la jerarquía frente a la línea de reflexión y acción desarrollada en esos años, interrumpió bruscamente un proceso, que en algunos movimientos, como la JIC (juventud “independiente”) y la JARC (juventud rural) apenas acababa de iniciarse. Independientemente de que en el interior de los movimientos y las militancias se estaban incubando problemas que anticiparan una crisis de identidad análoga a la que se había planteado en otros países. La crisis de 1966-68 provocó el cese o dimisión de los consiliarios y responsables, desmanteló las precarias pero eficaces infraestructuras, obligó a descentralizar los movimientos, redujo drásticamente el número de militantes y las actividades y campañas de los movimientos. De modo que su incidencia directa en las luchas sociales y políticas del final del franquismo fue mucho menor que el de otras organizaciones y movimientos, como por ejemplo

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

Justicia y Paz o las *Comunidades Cristianas Populares* que, en buena medida, recibieron la herencia y tomaron el relevo.

La difícil supervivencia y, en algunos casos, recuperación de algunos movimientos, después de la crisis, enlaza ya con los nuevos problemas que planteó la transición política, y, por tanto, el fin definitivo del tiempo de las “suplencias”, por más que algunos de esos servicios de suplencia (como la prensa, *Signo*, *Juventud Obrera*) habían sido inviables legalmente ya a mediados de los sesenta.

En el tiempo final del franquismo los militantes cristianos, dentro o fuera de los movimientos, sufrieron las inclemencias de la clandestinidad y la persecución de forma bastante análoga a los otros militantes. Ya en la transición política buena parte de los exmilitantes de los movimientos aparecen liderando y animando múltiples iniciativas políticas y ciudadanas, en un amplio abanico ideológico aunque predominantemente socialista. Algunos estudios locales y sectoriales de trayectorias militantes han constatado esta notable contribución de la militancia cristiana, en buena medida ya secularizada, al proceso de transición.

Esta función prepolítica y directamente política de los movimientos especializados de AC en la España franquista y en el proceso de transición está aun necesitada de investigaciones empíricas concretas, pero es un hecho reconocido universalmente desde distintas percepciones y perspectivas: desde fuera y desde dentro de la Iglesia; y dentro de ella, desde el elogio y desde la crítica.

Desde la perspectiva externa del sociólogo, Víctor Pérez Díaz en su estudio sobre el cambio de la Iglesia española, dentro de su “retorno de la sociedad civil”, ha definido muy ajustadamente esta contribución:

“Es evidente que parte de la generación política de los setenta procedió del activismo generado en torno a la Acción Católica... Estas organizaciones y actividades fueron lugares de aprendizaje y entrenamiento para la acción política: para la formación de militantes, la acumulación de recursos organizativos, la redacción de programas y los juegos de alianzas. Con ello, la Iglesia comenzó a cumplir en el terreno de la izquierda la función “parapolítica” que había estado cumpliendo tradicionalmente en el terreno de la derecha (con la ACNP o el Opus Dei), pero a través de diferentes eclesiásticos y con distintas ofertas religiosas”².

2. PEREZ DIAZ, V., *El retorno de la sociedad civil*, pp. 411-466. Son las funciones logísticas, parapolíticas que G. Hermet atribuye a las organizaciones católicas durante el franquismo (HERMET: 1986, vol. 2).

Desde dentro de la Iglesia y con una perspectiva crítica, el que fue principal protagonista de la crisis de la ACE, Guerra Campos (GUERRA CAMPOS: 1989), interpretaba a posteriori la “crisis”, y justificaba las medidas de control tomadas por la jerarquía en 1966-68, como respuesta a un proceso de politización de los militantes y movimientos cristianos integrados, consciente o inconscientemente, en una estrategia comunista de liquidación del régimen.

La auto percepción de este proceso por parte de los militantes y consiliarios de los movimientos se expresa claramente en los numerosos análisis y reflexiones sobre los problemas que plantea la “doble militancia”, o sobre la necesidad de superar las funciones de “suplencia” que inevitablemente tenían que desempeñar los Movimientos cristianos en el contexto de un régimen autoritario. Son análisis elaborados muchas veces al hilo de los acontecimientos, bajo la presión y la urgencia de las “crisis de fe” de los militantes y las crisis de identidad de los movimientos³.

Desde una perspectiva sociológica y antropológica los estudios de las trayectorias de los militantes, a partir en buena medida de los testimonios orales de los protagonistas, confirman la contribución de la experiencia en los movimientos en la posterior actividad política de los militantes. Joan Costa en su estudio del caso catalán ha subrayado el papel de los movimientos como “educadores y formadores de ciudadanos responsables”, y como auténticas escuelas de aprendizaje de militancia, fundamentales para entender las opciones y los comportamientos políticos de los futuros diputados y gobernantes de las instituciones democráticas⁴.

El apoliticismo de la AC y el terreno de la AC especializada. De la acción apostólica al compromiso temporal

Entre los caracteres esenciales del modelo de AC que impulsa Pío XI en los años veinte estaba como se sabe su apoliticismo, es decir su distancia respecto de otras iniciativas católicas con vocación política y sindical que habían ido configurándose especialmente durante el pontificado de Pío X. A diferencia de un movimiento católico con progresiva vocación política, la nueva AC

-
3. Entre los diversos estudios destacan los de Miguel Benzo, Fernando Urbina, Tomás Malagón, Alfonso J. (1997), Álvarez Bolado, publicados en revistas como *Pastoral Misionera*, o *Iglesia Viva*.
 4. COSTA I RIERA, 1997: 192, a partir de tesis doctoral defendida en septiembre de 1996 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona. También BADA, J. y otros (1979).

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

tenía que mantenerse prioritaria si no exclusivamente en el ámbito de la formación, al margen o por encima de opciones partidistas concretas, y en estrecha dependencia de la tarea misionera de la Iglesia, tarea apolítica por definición. Por tanto el apoliticismo de la AC era, por una parte una manera de salvaguardar la unidad fundamental de los católicos en medio de un cierto pluralismo político y, por otra, era un compromiso de fidelidad-obediencia a las directrices de la Jerarquía, definidora de los objetivos misioneros, al margen de cualquier otra circunstancia o conveniencia ligada a la lucha partidista.

El prurito apoliticista de la AC era especialmente defendido en el caso de las organizaciones juveniles. El joven de AC debía ser especialmente preservado de un compromiso político prematuro, pues la etapa juvenil era por esencia una fase de formación, es decir prepolítica. El nuevo modelo de AC se desarrollará en cuatro ramas, adultos y jóvenes, masculina y femenina, pero parecía estar especialmente pensado para la AC juvenil⁵.

El surgimiento de la AC especializada, a partir del modelo de la JOC, fundada en 1924, responde también al apoliticismo y se afirma sobre todo como un movimiento educativo-formativo. Pero el método de formación que utiliza, la *revisión de vida* y la *encuesta*, implican una dinámica de pedagogía activa, en la que la formación y la acción (o compromiso) se exigen recíprocamente. Se trata inicialmente de compromisos concretos, “pequeños”, que se relacionan directamente con las personas y las situaciones descubiertas en el análisis de la realidad (el Ver). Pero progresivamente el descubrimiento, en la *revisión de vida*, de los problemas (“pecados”) estructurales, invitará al militante a la adopción de compromisos en la transformación de la sociedad y la política. En ese estadio el joven militante se ve abocado a concretar su “compromiso temporal” más allá del espacio de la propia AC, iniciándose así una tensión no fácil de sobrellevar entre dos militancias, teóricamente compatibles: la tarea en el movimiento especializado de AC y la tarea política o sindical en el respectivo partido o sindicato. Por ello esa doble militancia tiende a resolverse en el predominio o exclusividad de una sola. Generalmente, en el proceso de descubrimiento del compromiso temporal, el movimiento de AC tiende a hacerse superfluo cuando se descubre o ingresa en el partido. El problema se agudiza cuando se cuestiona la existencia de

5. Sobre los primeros pasos de la ACJ en España, vid. la tesis doctoral inédita de CHIAKI WATANABE, *La Asociación Católica Nacional de Propagandistas y la Juventud Católica en España, 1923-1936*, UNED, Madrid, 2000.

una sola alternativa ideológica cristiana propia (una doctrina social cristiana, una democracia cristiana), y se reivindica la compatibilidad de la fe cristiana con el análisis y la militancia marxista. Todo ello es lo que se materializa en la crisis de identidad de los movimientos especializados de AC, y las crisis de fe de los militantes cristianos.

Este es un proceso que se plantea de forma análoga en todos los movimientos especializados de AC a partir de mediados de los cincuenta, pero que se extiende y agudiza a partir de mediados de los sesenta, en el contexto del debate postconciliar, el cuestionamiento de la doctrina social de la Iglesia y el diálogo cristiano-marxista. En este segundo momento, la crisis de la AC europea coincide cronológicamente con la española, pero conviene tener en cuenta que aquí adquiere caracteres específicos derivados de la pervivencia del régimen de Franco. Por un lado esa pervivencia y la consiguiente falta de libertades concede (aunque sea ya por poco tiempo) a las organizaciones, publicaciones y militantes católicos, un privilegiado espacio de libertad de acción. Por otro, la identificación de la mayor parte de la jerarquía eclesiástica con el régimen coloca a los movimientos y militantes, crecientemente disidentes, en una situación conflictiva con la propia Iglesia. Por tanto, la crisis de la JEC francesa con su jerarquía en 1965, aunque coincide casi en el tiempo con la de la JEC española, no es exactamente de la misma naturaleza.

Los primeros pasos de la especialización obrera y universitaria, 1946-56: de la JOAC a la JOC. De la JUMAC a la JEC

La AC española había vivido un primer y fugaz momento de apertura tímida a la "especialización" en los años de la II República, pero el resultado de la guerra civil, y el nuevo estatuto de 1939 impusieron un modelo rígido y centralista de AC general, parroquial, en el que no cabía la especialización. En ese contexto, como se sabe, las organizaciones sindicales y profesionales autónomas dentro de la estructura de la AC, como la *Confederación católico-agraria* (CONCA) y los *Estudiantes católicos* fueron obligados a desaparecer e integrarse en el régimen

Sólo a partir de 1946 se abre una puerta, dentro del Estatuto, a la constitución de especializaciones obrera y universitaria. A partir de ahí nacen las Hermandades Obreras (HOAC) y las Juventudes universitarias, (JUMAC), y se restaura o nacen de nueva planta núcleos de Juventud Obrera, de

momento bajo unas siglas no homologadas internacionalmente (JOAC). La constitución conjunta de la HOAC y la JOAC, con sus respectivas ramas masculina y femenina, parte de una reflexión autocrítica sobre el fracaso del paternalista catolicismo social anterior a 1936, y el efecto consiguiente de la “apostasía de las masas”; y ese cuidado especial en no repetir errores del pasado marcará enseguida la trayectoria de los movimientos apostólicos obreros. A pesar de lo cual los primeros pasos de la HOAC y la JOAC están marcados por la excesiva dependencia respecto de una organización y unos responsables no obreros.

La HOAC pronto va a acreditarse como una organización encarnada en los problemas y reivindicaciones del mundo obrero, suscitando los recelos y preocupaciones de las autoridades del régimen, incluidos aquellos como Alberto Martín Artajo y Ruiz-Giménez, que estaban en mejores condiciones de comprender sus posiciones. En este sentido llama la atención su valoración de la implicación de los militantes católicos en las huelgas de 1951, por su carácter anticipador respecto a otras situaciones conflictivas posteriores. Esto es lo que decía Martín Artajo a Ruiz-Giménez el 1 de mayo de 1951:

“Al amparo de la libertad de acción que disfrutaban los organismos filiales de la Acción Católica y acogiendo a la exención de censura de sus publicaciones, se han ido cobijando durante los diez o doce últimos meses, en la HOAC, elementos de procedencia revolucionaria: sindicalistas, comunistas, más o menos conversos y antiguos miembros de Solidaridad de Obreros Vascos, es decir, separatistas, muchos de los cuales, habiendo llegado ya a puestos de influencia en dichos organismos, empiezan a imprimir a estos una orientación que nada tiene que ver ciertamente con el apostolado de la Acción Católica”.

Un argumento análogo fue esgrimido abundantemente en la crisis de la ACE de 1966-68 por el gobierno y por los obispos contrarios a los “movimientos especializados”. Las “peligrosas consecuencias” que, según Martín Artajo en la misma carta, se derivarían de esa situación provocarían inevitablemente un conflicto de las organizaciones apostólicas con la jerarquía o “una fricción, ya a punto de producirse entre algunas autoridades del Estado y algunas autoridades eclesiásticas”⁶.

6. Carta citada y reproducida por TUSELL, J. (1984): 216-217.

La suspensión del "Tú", periódico de masas de la HOAC, fue la primera de una larga cadena de medidas gubernamentales y eclesiales, especialmente en los años 60, tendentes a controlar y frenar el compromiso social y político de los militantes cristianos. Este seguimiento, progresivamente más represivo, de las autoridades políticas y eclesiásticas es un buen indicador y prueba de la proyección social y política, en línea antifranquista, de la actividad de los movimientos y los militantes.

En los primeros años cincuenta la actividad de la Juventud Obrera, la JOAC, parece limitarse más a los ámbitos tradicionales de la moralidad y prácticas religiosas que al compromiso social. Se trata, por otra parte, de un tiempo difícil de afirmación de la propia identidad, en medio de una fuerte dependencia de los responsables-tutores de la JACE, y de la crítica de grupos de JOC autónomos que habían sobrevivido o resurgido, al margen de la JOAC, y más directamente relacionados con el movimiento internacional.

Para la evolución de los dos movimientos especializados juveniles, la JOC y la JUMAC fue fundamental el nombramiento como consiliarios en 1955, de Mauro Rubio y Miguel Benzo, llamados expresamente por su amigo el consiliario nacional de la JACE, Manuel Aparici, antiguo presidente de la Juventud de AC durante la II República⁷. Ambos imprimieron a las dos organizaciones españolas el espíritu de la AC especializada europea, contribuyendo a reforzar los lazos con los respectivos movimientos internacionales. Este proceso afectó de forma más decisiva e inmediata a la JOAC en la medida en que el movimiento internacional JOC estaba plenamente consolidado. En el mundo estudiante, en cambio, coexistían dos organizaciones de talante y significado diferente: *Pax Romana*, asociación más elitista de universitarios e intelectuales católicos; y la JEC internacional que siguiendo los pasos de la metodología *jocista* tendía a ser un movimiento de militantes con proyección amplia en el medio estudiantil no exclusivamente universitario. Pero a la altura de 1954 todavía la JEC no estaba reconocida como movimiento internacional⁸.

7. Testimonio oral de Mauro Rubio que, junto con Miguel Benzo, estaban estudiando en la Universidad Gregoriana. El propio D. Mauro recuerda la orientación pastoral de ambos en la AC, que fue percibida desde fuera como un tandem intercambiable. A menudo mezclaba los nombres y apellidos de ambos.

8. ARAGÓN L. y MARTOS, J., "Breves notas sobre el nacimiento y desarrollo de la JEC Internacional", en MONTERO, F. (1998).

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

La primera cosa que hizo el nuevo consiliario de la JOC, Mauro Rubio, fue impulsar el contacto con la JOC internacional y con su fundador Cardijn en abril de 1955, aprovechando un viaje suyo a Portugal. Pronto la aproximación real al espíritu y la metodología de la JOC internacional culminará en el cambio de siglas y la unificación orgánica de las distintas experiencias de JOC dispersas en las diócesis. La tarea del consiliario y de los responsables en los años 1955-60 se centrará fundamentalmente en la difusión y expansión del método, iniciando a consiliarios y militantes en la práctica de la revisión de vida y de la encuesta-campaña. La vinculación al movimiento internacional, especialmente con la asistencia de *jocistas* españoles al congreso de Roma en 1957, refuerza esa expansión que encuentra su expresión culminante en la organización del Congreso de la juventud trabajadora en Madrid, en 1960⁹.

En esta primera etapa de expansión de la JOC, entre 1955 y 1960, prima seguramente la toma de conciencia de los problemas sociales y laborales, de acuerdo con el método de la revisión de vida, sobre la adopción concreta de compromisos sociales y políticos. El compromiso temporal de los militantes tiende a proyectarse en acciones concretas exentas en general de una dimensión política. Predominaría en este momento, en los militantes y en su actividad en el medio lo que podemos llamar una conciencia prepolítica. La propia campaña de 1959-60 que culminó en el masivo Congreso de la juventud trabajadora en Madrid, en junio de 1960, revela el alcance prepolítico de la acción, cuyo objetivo central era la constitución de un nuevo "servicio" centrado en la ayuda y protección a la constitución de familias obreras. Por supuesto que la reivindicación de unas condiciones más dignas, por ejemplo en política de viviendas, tenía una carga política, y la propia movilización y concentración obrera en Madrid con ocasión del cierre de la *campaña*, provocó los recelos y temores del Gobierno¹⁰.

-
9. Sobre la historia de la JOC priman más los estudios de la teología (J.J. Tamayo) y la pedagogía (F. Sanz) subyacentes que propiamente históricos. Aparte de los libros testimoniales de J. Castaño, una primera aproximación conjunta a la década 1956-66, en la tesina, inédita, de Salvador SEGUNDO, *La JOC, movimiento socio-apostólico y educativo (1956-1966). Una aportación al Movimiento obrero español*. La tesis doctoral de J. Valenciaga sobre la JOC de Valladolid estudia los núcleos de la JOC anteriores a 1936. Más recientemente están los diversos trabajos de F. SANZ y el de F. MARTÍNEZ HOYOS, *La JOC a Catalunya, 1947-1975*, (2000), Mediterrània, Barcelona 2000; sobre la proyección sindical de la JOC en la fundación de la USO, los trabajos de Abdón Mateos.
 10. Sobre el Congreso de la juventud trabajadora, que congregó en Madrid en junio de 1960 a unos 10.000 jóvenes obreros, vid. SEGUNDO, S., op. cit.. Este Congreso puede considerarse precedente y modelo del que preparó el conjunto de la JACE en 1965

Pero por otra parte, además de ese trabajo más social y educativo, en un sector de los militantes y responsables, iba también madurando la necesidad de un compromiso sindical y político al margen de la Organización Sindical, y fuera de la JOC. La dimensión política y sindical del compromiso de los militantes abocaba inevitablemente a la actividad ilegal y clandestina con vistas a la fundación de una alternativa sindical, que además se entendería como aconfesional. Eran los orígenes y primeros pasos de la Unión Sindical Obrera (la USO)¹¹.

En ese momento, 1960, el compromiso social de la JOC, especialmente a través de sus campañas, y de su periódico de masas, "*Juventud Trabajadora*" ya había experimentado choques con la Organización Sindical. En 1960, como se sabe, la celebración del 1º de Mayo, y las críticas a la organización sindical por su falta de representatividad, provocaron un enfrentamiento indirecto con el ministro José Solís, que se quejó directamente al primado Pla i Deniel, como responsable de la ACE, del carácter, según él, más sindical que religioso, de las actividades de la HOAC y la JOC. El conocido cruce de cartas entre Solís y Pla i Deniel en torno a la identidad y ámbito específico de actividad de los movimientos apostólicos obreros, es un hito fundamental en esta historia en la que se interfieren la proyección social y política de los movimientos de AC y las relaciones Iglesia-régimen, progresivamente contradictorias con el marco del Concordato de 1953 (LÓPEZ GARCÍA, B.: 1995).

En la evolución de la Juventud Universitaria (JUMAC) hacia la JEC, entre 1955 y 1960, fue decisiva la influencia del consiliario Miguel Benzo. El cambio de siglas no se aprobó oficialmente hasta octubre de 1961 pero el cambio ideológico y metodológico se había ido operando progresivamente en la segunda mitad de los cincuenta en contacto con el movimiento europeo de la JEC, aunque sin perder la inicial relación con *Pax Romana*. En un temprano manual de Miguel Benzo, *Universitarios de Acción Católica*, se explicaba y justificaba la identidad del movimiento como AC especializada, con una "espiritualidad de presencia" o encarnada frente a otra de "pura trascendencia"¹². En todo caso la JUMAC de esta época, a diferencia de la futura JEC, era más una asociación de intelectuales, preo-

11. Sobre la fundación de USO a partir de la iniciativa de militantes de la JOC, MARTÍN ARTILES, A., "Orígenes e ideología de USO", y MATEOS, A., "Movimiento sindical y lucha obrera bajo el franquismo", en *Proyecto*, 1, 1987. También MATEOS, A., "Los orígenes de la USO: obrerismo juvenil cristiano, cultura sindicalista y proyecto socialista", en *XX Siglos*, 22 (1994), pp. 107-117
12. BENZO, M., *Universitarios de Acción Católica*, Signo, 1956; glosa del texto y referencia a esta primera etapa de la JUMAC en MONTERO, F. (1998) 39-45.

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

cupada por formar cristianamente a la futura clase dirigente. La incorporación a la JEC internacional implicó una mayor atención a los problemas estudiantiles concretos de la mayoría del medio social, y no del exclusivamente universitario, así como la adopción del método de la *revisión de vida*. De todas formas esta etapa de la JUMAC apenas ha sido estudiada. No sabemos, por ejemplo, cuál era su relación con el SEU, y con las otras organizaciones y movimientos estudiantiles que empezaron a manifestarse más o menos clandestinamente a partir del conflicto de 1956¹³.

La transformación de la JACE en movimientos especializados

Paralelamente a la consolidación de la JOC en el contexto de su vinculación con el movimiento internacional, el conjunto de la JACE decidió entre 1957 y 1960 una transformación fundamental de AC parroquial a movimientos especializados. Un cambio que implicaba la asunción plena del método de la *revisión de vida* y una nueva manera de entender la militancia en el interior de la organización y en el medio social. Los propios dirigentes de la JACE, los presidentes diocesanos, definen ya en 1957 el alcance y el significado de un cambio seguramente muy influido por la evolución de la JOC española.

Un informe de la JACE a la junta nacional de ACE en 1957¹⁴ explica la transición hacia una nueva etapa que suponen los acuerdos de las XXVI jornadas de presidentes. La JACE busca “*que su método y organización permita una acción flexible y acomodada a la realidad de la vida de los distintos ambientes*”. En este giro estaba implícita la reconducción de los *cursillos de cristiandad*, “*pues el Cursillo no es un fin en sí mismo sino un principio, un método de iniciación que debe ser seguido, en el postcursillo, de la integración en equipos y la práctica del método de la encuesta*” que, en sus líneas generales, se va a introducir en los movimientos de la JACE. Con ello se estaba señalando el final de la etapa cursillista.

Pero cuando el giro de la JACE iniciado en 1957 adquiere plena madurez y verdadera operatividad es a partir del verano de 1960. Las XXVII

13. Sobre el SEU, RUIZ CARNICER, M.A., *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965*, Siglo XXI, Madrid, 1996; sobre la crisis de 1956, MESA, R. (ed), *Jaraneros y alborotadores*, Univ. Complutense, Madrid, 1982.

14. “Situación y actividades del Consejo Superior de la JACE durante el año 1957”, Informe visto por la Dirección Central de la ACE, en febrero del 58, Arch. D.C. sesiones 1958-59.

jornadas de presidentes diocesanos, reunidas en La Granja, se plantearon de forma expresa y decidida un plan para la transformación e incorporación de los centros parroquiales de AC general en movimientos especializados. Las conclusiones aprobadas en esa reunión sobre el modelo ideológico y metodológico de los movimientos especializados en comparación con el de los “centros generales”, parroquiales: el concepto de militante, la dinámica peculiar de la “pedagogía activa” como forma de iniciación y maduración de militantes, la explicación pormenorizada de las ventajas y virtudes de la “revisión de vida” y, en fin, la voluntad decidida de transformar los “centros generales” en “centros especializados”¹⁵.

Frente al modelo de los “centros generales”, “*apostolado organizado, público y, por tanto, bajo la dependencia directa e indirecta de la Jerarquía, representada por el párroco, realizada por seglares de diversos ambientes y condición social, que consiste en la suplencia y colaboración con el sacerdote en la vida de la comunidad litúrgica, en la transmisión de la enseñanza, en la organización y dirección de servicios de caridad, beneficencia, culturales, administrativos...*”, se plantea el modelo de AC especializada, “*...realizada por seglares del mismo ambiente y condición social. Que tiene como misión la evangelización de los ambientes de vida, mediante la cristianización de sus militantes, partiendo de sus problemas concretos de vida, mediante la inspiración cristiana de las instituciones y las estructuras*”¹⁶.

La crítica de los viejos métodos de formación (el círculo de estudio) era clara y directa: “*No responden en la mayoría de los casos a problemas vitales. No existe participación activa de todos los asistentes*”. Como alternativa se proponía “*partir de los problemas reales, buscar la participación de todos a través de pequeños grupos. No hacer de los Círculos un monólogo expositivo. Introducir hechos de vida*”¹⁷. En definitiva, la *revisión de vida* en los equipos de militantes, y la pedagogía activa (acción-reflexión-acción) como método formativo aplicable y extensivo a todas las actividades.

Frente al encuadramiento masivo de las juventudes parroquiales, los movimientos especializados se plantean como agrupaciones minoritarias de *militantes*, con vocación de influencia en un círculo de *simpatizantes* (el

15. Vid. XXVII Jornadas Nacionales de Presidentes diocesanos de la JACE, La Granja, julio 1960, ed. ACE, Madrid, 1961, p. 66.

16. Ibid. Ponencia sobre “Centros generales y centros especializados”, p. 63

17. Ibid., pp. 55-56

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

grupo de influencia de cada militante en su lugar de trabajo o de ocio), y en la *masa* en general, para cuya movilización eran programadas determinadas acciones. Las estadísticas hacían precisamente la distinción entre “militantes”, “influenciados por acción directa” e “influenciados por acciones de masas”¹⁸. La *campaña* era el instrumento que canalizaba todo el proceso de reflexión-acción de los militantes de un movimiento a lo largo de un año. Surgía de propuestas e iniciativas a los militantes, y garantizaba una acción coordinada en el plano nacional.

En síntesis, éste era el núcleo ideológico y metodológico de la nueva AC especializada, que la JACE se disponía a potenciar, convirtiéndose así en la impulsora y coordinadora de cuatro movimientos especializados por ambientes: la juventud obrera (JOC), la estudiantil (JUMAC, luego JEC), la independiente o urbana (JIC) y la rural (JARC). De momento este proceso atañía exclusivamente a la rama masculina, pues las jóvenes de AC y sus consiliarios se resistían a esta transformación. Sólo a partir de 1961, tras un relevo de consiliarios y dirigentes, forzado por la dirección jerárquica, se incorporaron las jóvenes al proceso, constituyendo las correspondientes ramas femeninas de los distintos movimientos. A partir del curso 1961-62 las respectivas ramas masculina y femenina caminaron paralelamente, aunque en una misma línea, la de los movimientos especializados; y cada vez más en estrecha colaboración y coordinación. Después de la experiencia de trabajo conjunto que desembocó en la asamblea de juventud de 1965, se tendió a constituir un sólo movimiento mixto, que estaba a punto de culminar cuando se produjo la crisis de 1966.

Un equipo de consiliarios al servicio de los movimientos

La reconversión de un movimiento juvenil, donde el papel protagonista de los consiliarios siempre es decisivo, exigía también una adaptación de éstos a la nueva línea. En realidad era una condición previa, y de hecho así ocurrió. En esta transformación de la JACE desempeña un papel fundamental el trabajo coordinado de un equipo de consiliarios que se plantearon precisamente la formación de seminaristas y sacerdotes en el espíritu de la

18. Según datos contenidos en la *Memoria de la ACE, 1960-61*, “Informe de la JACE”, el número total de militantes de los cuatro movimientos era 11.200; el de influenciados directos 46.400; y el de los influenciados por acciones de masas 163.000.

AC especializada como una forma concreta de ejercer su actividad pastoral. Al mismo tiempo, el secretario de la dirección central de la ACE, Alberto Bonet, impulsó decididamente, con el apoyo de los consiliarios de la JACE, la elaboración de un plan completo de formación de consiliarios para la nueva AC. Por su parte la renovada Comisión episcopal de apostolado social se planteó específicamente la formación de sacerdotes en una nueva pastoral social. Todo este conjunto de propuestas de renovación del ministerio sacerdotal en función de las condiciones sociales del medio en el que desarrollaba su trabajo, respondía a una difusión creciente en España de la “sociología religiosa” siguiendo los pasos de los franceses como F. Boulard¹⁹.

Todo ese esfuerzo pastoral renovador de los consiliarios culminaría en abril de 1966, en vísperas de la crisis de la ACE, con una *Asamblea sacerdotal de Pastoral de Juventud*²⁰, que se planteó precisamente como continuación de la asamblea de juventud de 1965, pensando en la consolidación y expansión de los movimientos especializados juveniles en torno a la JACE. Los objetivos de la asamblea eran difundir la línea de los movimientos de la JACE, formar más consiliarios en el espíritu de la AC especializada, y provocar en los sacerdotes una auto-reflexión sobre su propio ministerio y tarea pastoral especialmente en el medio juvenil. Y en este último sentido, al igual que las semanas de pastoral social, esta asamblea se puede considerar antecedente directo de la Asamblea conjunta obisposclero de 1971. También en el caso de la Asamblea de pastoral juvenil, el objetivo principal era encontrar una respuesta pastoral renovada a un proceso de descristianización, que era inicialmente descubierto mediante una encuesta sociológica. A la asamblea asistieron unos 700 sacerdotes de 61 diócesis, pero de la encuesta sociológica previa preparada por el ISPA bajo la dirección de Rogelio Duocastella se difundieron 3.500 cuestionarios.

19. Sobre la primera recepción de la sociología religiosa, el testimonio de J. IRIBARREN, director de las primeras Guías de la Iglesia, en *Papeles y Memorias*, Madrid, 1992. Sobre el desarrollo de la sociología religiosa en España en los años 60, vid. DUOCASTELLA, R., *Análisis sociológico del catolicismo español*, Barcelona, 1967; VÁZQUEZ, J.M.^a, *Realidades socio-religiosas de España*, 1973, y *La Iglesia española contemporánea (estudios sociológicos)*, Madrid, 1973. Y el balance de 1975 con motivo de la celebración en España del Congreso internacional de sociología, ISPA, *Cambio social y religión en España*, Madrid, 1975

20. Noticias tomadas del Informe publicado por la JACE en la *Memoria de la ACE, 1965-66*, JACE/F pp. 1-2

Auge y expansión de la JACE (1960-66). El Congreso de la juventud²¹

El proceso de concienciación social promovida por los Movimientos juveniles de AC entre sus militantes (a través de la *revisión de vida*), y en un más amplio sector social (a través de las *campañas*), tuvo una incidencia política de signo prodemocrático a medio y largo plazo. Este proceso alcanzó su máxima expresión e influencia en la asamblea de la juventud celebrada en Madrid en mayo del 65, en torno al tema de la "participación". Se trata pues de un fenómeno que debe ser analizado como un proceso conjunto, impulsado y coordinado por la JACE, y como procesos particulares de cada uno de los movimientos, obrero, estudiantil, rural e independiente urbano, con sus adaptaciones particulares de edad y género.

El Congreso se concebía como la culminación (acción masiva final) de una campaña conjunta desarrollada coordinadamente por todos los movimientos especializados en torno a un tema común, "*La participación activa de la juventud en la sociedad actual*". Cada movimiento aplicaría el tema general de campaña a su realidad específica: "participar en las comunidades de vida" (la JIC); "participemos en una sociedad en marcha" (la JOC); "la participación del universitario en la sociedad" (la JEC universitaria). El método de trabajo era el clásico de la "pedagogía activa", la *revisión de vida*. Como en cualquier otra campaña, se trataba de promover en el seno de los equipos de militantes una reflexión, una toma de conciencia de la realidad, y de incorporar a ese proceso de descubrimiento y concienciación al máximo número de jóvenes de cada ambiente a través de la creación de grupos de reflexión y de acciones de masas: el "día de la juventud" a nivel diocesano, y el Congreso a nivel nacional. Un cuestionario amplio, dividido en cuatro grandes temas, trabajo, familia, tiempos libres y vida cívico-social, guiaría toda la reflexión. En torno a estos temas se crearían los grupos de trabajo por ambientes, edades y sexo. De esta manera se conjugaba lo específico y lo común de la problemática juvenil.

Según el plan inicial, durante los meses de octubre del 64 a marzo del 65, se desarrollaría todo el trabajo de reflexión, de descubrimiento de la realidad juvenil, a partir de los cuestionarios que se distribuyeron en un total de 405.000 ("*las encuestas permiten interesar a otros jóvenes, invitarles a reuniones donde se comentan los resultados, organizar otras asambleas más*

21. Reproduzco y amplío análisis y valoraciones realizadas en MONTERO F. (1990), t. II, pp. 191-205.

amplias y preparar el "día de la Juventud"). En una segunda fase (meses de abril y mayo) se organizarían actos masivos a nivel local y provincial (día de la juventud) para incorporar al máximo de jóvenes a la campaña. Para culminar durante el mes de junio con la celebración en Madrid de dos actos: una asamblea de 2.000 delegados (los participantes más directos en el trabajo de reflexión, militantes de los distintos movimientos, repartidos en 120 comisiones) y un congreso de juventud (30.000 asistentes previstos) en cuyo marco festivo se daría lectura a una serie de peticiones sobre los diversos problemas de la juventud en el trabajo, el estudio, la familia, las diversiones, la vida cívico-social y la vida religiosa²².

El proyecto del Congreso respondía lógicamente a objetivos eclesiales, propios de los organizadores: la extensión de la influencia y presencia de la Iglesia en la sociedad, a través de la expansión de la línea de los movimientos. Pero, a la vez, impulsaba una dinámica de concienciación social de indudables repercusiones políticas, lo que explica las presiones gubernamentales y eclesiales (jerárquicas) que trataron de frenar el alcance del Congreso, obligaron a reducir sus pretensiones masivas (suspensión del Congreso), y censuraron la publicación de algunas de las peticiones del manifiesto final.

El proceso de preparación y celebración de la asamblea de la juventud de 1965 es quizá el mejor observatorio para medir la realidad de los movimientos especializados juveniles de AC en su diversidad y en lo que tenían en común; así como su influencia y proyección, pretendida o real, en los respectivos ambientes. A nuestro propósito es uno de los mejores indicadores de la incidencia de los movimientos juveniles en el cambio de mentalidad en un sentido prodemocrático que, en opinión muy extendida, jugaron en este momento en el interior de la Iglesia y en el conjunto de la sociedad española. Esa promoción de conciencia y valores democráticos no se hacía sólo por el descubrimiento concreto de los déficits de participación en las distintas situaciones sociales (trabajo, familia, tiempos libres y vida cívico-social) y la propuesta concreta de iniciativas participativas en los distintos ámbitos, sino sobre todo por la propia dinámica de la campaña, basada precisamente en la puesta en común, la discusión y la elaboración, de abajo a arriba, de informes y propuestas en forma de peticiones a las distintas instancias. Las palabras responsabilidad, representación, diálogo, reiterada-

22. Noticias sobre la organización del congreso en el "Boletín de Coordinación de la JACE" y en diversos documentos de trabajo, conservados en el archivo de la JAC

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

mente repetidas en las circulares, cuestionarios, informes y manifiestos, indican el tipo de actitudes que se querían promover en el comportamiento de los jóvenes. Todo esto no significa que detrás de los movimientos y de la campaña de la JACE sobre la participación hubiera un objetivo político directo²³. Por más que así lo percibieran con temor tanto el régimen franquista como la jerarquía eclesial. La virulencia de la reacción gubernamental y eclesial en el verano de 1966 sólo se explica por esa percepción, errónea o no, de una verdadera amenaza.

Lo cierto es que la campaña de la “participación”, los informes sobre la situación de la juventud, las peticiones y el manifiesto final sólo tenían una proyección política a medio plazo. Más por la concienciación y formación de comportamientos y actitudes que por el carácter escasamente subversivo de las reivindicaciones finales. De todas formas el análisis de la situación social, laboral y familiar no dejó de servir para denunciar situaciones, y algunas de las peticiones-reivindicaciones del manifiesto fueron censuradas. Las que reclamaban directamente libertad para constituir asociaciones juveniles, y una reducción del servicio militar junto a una reforma de la pastoral castrense. Pero al margen de las peticiones censuradas, otras muchas eran realmente audaces en la situación política de la época. Todo el manifiesto está plagado de referencias utópicas, en lenguaje moderado, a los valores y actitudes liberal-democráticas. Por ejemplo, entre las peticiones a los poderes públicos e instituciones de enseñanza se incluía la reivindicación de libertad sindical por la que estaba luchando el movimiento estudiantil: *“Reconocimiento del derecho de los alumnos a expresar su opinión y participar en la enseñanza a través de los cauces institucionales, como lo puede ser, a nivel universitario, un sindicato realmente representativo, estructurado por los mismos jóvenes”*.

El manifiesto y las peticiones-reivindicaciones tenían un triple destinatario: la sociedad (los poderes públicos y las instituciones), la Iglesia, y los propios jóvenes. Por ello, tanto las demandas de reforma a la propia Iglesia, como el llamamiento a los jóvenes a asumir sus propias responsabilidades dan un tono fuertemente autocrítico al documento. El manifiesto es un

23. Uno de los principales responsables de la asamblea de la juventud, vicepresidente y en 1965-66 presidente en funciones de la JACE, José Quevedo, en entrevista en diciembre de 1993, afirmaba la ausencia de un proyecto político definido, a la vez que las razones políticas de la presión gubernamental y eclesial sobre la asamblea, los movimientos juveniles, el periódico “Signo”, etc.

ejemplo típico de ejercicio por parte de los movimientos de esa "función tribunicia" que, según los analistas, asume la Iglesia en regímenes autoritarios. En muchas de las demandas el manifiesto era portavoz de demandas y reivindicaciones de los jóvenes trabajadores y estudiantes, que, legalmente no podían expresar por otros cauces.

En realidad esta dinámica participativa del Congreso de 1965 era la misma de las campañas que cada movimiento planteaba anualmente para coordinar, guiar e impulsar la reflexión y la acción de sus militantes. Lo novedoso es que se trataba ahora de una campaña conjunta, mucho más ambiciosa y utópica porque aspiraba a conjugar la diversidad social "ambiental" de los distintos movimientos con la comunidad de problemas sociales que afectaban al conjunto de la comunidad juvenil, saliendo así al paso de disensiones internas y de críticas, desde el exterior, al carácter clasista y exclusivista de los movimientos especializados.

¿Hasta qué punto se lograron los objetivos? ¿Cuál fue el grado de difusión e influencia logrados? Todos los informes de los movimientos juveniles coinciden en una valoración muy positiva. Los objetivos planteados en la campaña se habrían cubierto con creces: descubrimiento y toma de conciencia de la problemática juvenil, incorporación de numerosos jóvenes de los diversos ambientes sociales a ese proceso de reflexión-acción, mediante la respuesta a los cuestionarios y la participación en actos masivos, impulso de la coordinación y colaboración entre los distintos movimientos y ambientes sociales, y superación progresiva de la tradicional separación de sexos en las ramas masculina y femenina de la AC²⁴.

24. Aparte de las valoraciones genéricas sobre los objetivos logrados, los informes aportan datos concretos sobre el número de encuestas repartidas, la tirada de los folletos de lanzamiento de la campaña, las acciones concretas organizadas a nivel diocesano, comarcal y local, que nos permiten una aproximación al impacto que la campaña sobre la participación juvenil pudo tener en toda España. Esta información nos permite también calibrar el grado de implantación e influencia de los distintos movimientos especializados juveniles, en el momento quizá de mayor desarrollo, antes de la crisis del 1966-68. El número de folletos de campaña distribuidos nos da una idea aproximada del número de militantes (7.350 en la JOC, 12.000 en la JACF, 10.000 en la JARC, 23.000 en la JICF), mientras que el número de encuestas o cuestionarios repartidos en cada ámbito social nos aproxima al número de jóvenes que fueron incorporados a la reflexión (38.000 en la JOCE, 28.000 en la JARC, 180.000 en la JACF y otros 180.000 en la JICF). Más difícil nos resulta calcular el grado de participación de la juventud rural, urbana, estudiantil y obrera, en los actos masivos programados en el marco de la semana o día de la juventud, día de la juventud rural, etc. En todo caso se observa un notable incremento de la militancia y del grado de influencia en los diferentes ambientes si se compara con los datos de 1961 y 1963.

Dentro de ese gran denominador común, la vivencia particular de la campaña por cada uno de los movimientos, según su propia valoración, nos acerca a diferentes niveles y grados de conciencia social y política, significativas de su respectivo proceso de asunción del compromiso temporal. Por ejemplo, el movimiento rural femenino (JACF) valora especialmente la celebración de la “fiesta de la juventud” *“que ha permitido a muchos jóvenes aportar sus iniciativas y dar a conocer sus problemas y sus intereses”*. Por su parte, los jóvenes del medio urbano (JIC) constataban un proceso de concienciación social (*“Se ha superado una visión individual de los problemas, descubriendo una situación global, tanto de nuestro medio social como de la función del mismo en el conjunto de la sociedad”*) y, en algunos casos, incluso política (*“el descubrimiento más profundo de unos problemas de la comunidad internacional, especialmente por parte de los que participaron de forma más directa en la Asamblea de la Juventud”*).

En los casos citados, la juventud rural y la urbana de medios independientes, la educación en la “participación” se intentó fomentar y desarrollar a través, fundamentalmente, de la organización de los tiempos libres. Entre las acciones surgidas en torno a la campaña, las más citadas son el “día de la juventud”, la creación de clubs de diversión, cine-clubs, etc.²⁵

En otros casos como el de la JOC y la JEC universitaria la toma de conciencia sobre las exigencias de la participación, y los compromisos subsiguientes, se planteaban ya en el nivel sindical y político. Concretamente en el caso de la JEC universitaria, la campaña sobre la participación coincidió en el curso 64-65, con un importante movimiento de contestación universitaria contra el SEU y a favor de una alternativa sindical democrática, en el que los militantes de la JEC se implicaron. *“La participación del universitario en la sociedad”*, lema de la campaña, se planteó inicialmente en tres dimensiones, *“democratización de la enseñanza, educación sindical y relación con el mundo de los adultos”*, pero la dinámica de los acontecimientos en la Universidad hizo que la atención se centrara de forma prácticamente exclusiva en el tema de la “educación sindical”²⁶.

25. En el Informe de la JICF se destaca la constitución de “clubs de iniciativas” (7.962 clubs en los que participaron 55.000 chicas) *“que han ayudado a las chicas a realizar en concreto el aprendizaje y educación para una participación en la sociedad”*, Memoria ACE, 1964-65, J.F. 13

26. En la Memoria ACE 1964-65, en el Informe de la JEC/F, pg. 11 se dice *“Al ritmo de los acontecimientos y de la vida cotidiana, ha sido en el plano de la educación sindical donde más hemos profundizado”*

Por tanto para la JEC el desarrollo de la campaña y su participación en el Congreso-asamblea de la juventud tuvo unas características especiales. El compromiso de los militantes tenía cada vez más unas connotaciones claramente políticas, con los interrogantes que ello planteaba sobre la colaboración con otros grupos sindicales o políticos no cristianos, las condiciones de semiclandestinidad o tolerancia en que tenían que ser desarrolladas algunas acciones, y la difícil relación con los obispos como consecuencia de ese compromiso político.

Ello puede explicar que la JEC, antes de que se decidiera, en marzo, la suspensión del Congreso, planteara ya en enero la conveniencia de abandonar la idea del Congreso por inviable. La JEC experimentaba muy directamente, por su implicación con el movimiento estudiantil, el "techo" de la libertad de expresión y acción de un movimiento apostólico, teóricamente legal y protegido en el marco del Concordato, pero de hecho perseguido, censurado y hasta reprimido como movimiento de oposición antifranquista.

La acción final masiva, el Congreso, debía significar la proyección exterior de los movimientos juveniles de AC en cuanto portavoces de toda la juventud española. Se pretendía hacer un Congreso de la juventud de AC: *"es la juventud la protagonista del acto, no son los militantes, sino todos los jóvenes los invitados, los convocados"*. Sin embargo el cumplimiento de este objetivo fue cuestionado ya en enero del 65 por un informe de la JEC, donde junto a otros aspectos, se criticaba que el planteamiento de la campaña fuera excesivamente intraeclesial. Lo que se prepara es más un congreso de la JACE que un congreso de la juventud. Además de que, según ese mismo informe crítico, la dinámica impuesta por los dirigentes desbordaba ampliamente las posibilidades de acción de las bases de los movimientos, poniendo en peligro la celebración del Congreso. Finalmente las propias condiciones de censura y presiones políticas, por parte del régimen franquista, impedirían la libre y pública expresión de las críticas y denuncias pertinentes sobre la realidad juvenil. Por todas estas razones, el informe de la JEC aconsejaba la no celebración del Congreso, y la reducción de la campaña a unos objetivos más limitados, menos triunfalistas, hacia el interior de los movimientos²⁷.

27. Informe que las comisiones nacionales de JEC y JECF presentan a la comisión central del Congreso de juventud, el 9-I-65, en Archivo JAC

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

Alguna voz autocrítica en la JOC, con experiencia anterior de represiones y censuras, compartía la opinión de la JEC y planteaba interrogantes análogos: “¿Quién va a abogar en el Congreso Nacional de la Juventud por los que, precisamente por reclamar ese lugar en la sociedad, están en la cárcel? ¿Quién en el congreso reclamará para los no católicos las mismas “libertades” que para los católicos?”. Según esta opinión el Congreso sería un instrumento más de legitimación del régimen: “Una oportunidad más para que algunos obispos se convenzan de que viven en un Estado realmente católico, que apoya a la Iglesia, y como consecuencia (favorecerá) mayor unidad entre jerarquías y gobernantes”²⁸.

No es casual que precisamente la JOC y la JEC, es decir los dos movimientos más directamente comprometidos en la lucha social y política fueran los que plantearan estos interrogantes sobre el alcance y la viabilidad del Congreso. Desde su percepción de un régimen represivo no era posible una acción posibilista y reformista. Por otro lado, su proximidad a otros militantes clandestinos y a los problemas ambientales les hacía cuestionar y en cierto modo desdeñar el carácter representativo de las acciones y manifestos hechos desde una situación de privilegio.

La postura de la jerarquía en relación con la asamblea de la juventud y la marcha general de la JACE, queda bien reflejada en la reunión plenaria del episcopado español, previa a la constitución de la Conferencia episcopal, celebrada en Santiago de Compostela el 23-24 de julio de 1965²⁹. En el contexto de otras preocupaciones, ante las cuestiones políticas que planteaba la última evolución de la ACE la reunión plenaria episcopal hizo también una valoración significativa de la asamblea de juventud, en la que quitaba importancia a las presiones que habían influido en la reducción del Congreso a asamblea y a las censuras sufridas por el comunicado final y las peticiones. Mucho más preocupante era la referencia al diálogo habido durante la asamblea “entre un grupo de obispos y uno de dirigentes y consiliarios de los movimientos juveniles”. En el citado diálogo el arzobispo de Madrid, Casimiro Morcillo, había transmitido a los dirigentes de la JACE los aspectos negativos que, en su opinión, preocupaban a la jerarquía: “disminución en el número y en la docilidad de los militantes; alejamiento del servicio a las parroquias y a las diócesis; exceso de temporalismo; tendenciosidad, en

28. Informe no firmado, en Archivo JOC 12/1.3.3.

29. Acta de la reunión plenaria, cfr. CARCEL ORTÍ, V. (1994), apéndice XVII.

lo político y en lo eclesial, en varios sectores y publicaciones; multiplicidad de campañas que desorientan a las parroquias y a los prelados; degeneración del método activo en una especie de fenomenología, sin suficiente asimilación doctrinal; superestructuras nacionales, que ahogan lo diocesano; creciente recelo entre la Acción Católica y la jerarquía". Prácticamente eran las mismas acusaciones a las que el consiliario de la junta nacional de AC, Miguel Benzo había contestado en "*Ecclesia*" unos meses antes³⁰.

La JEC y el movimiento estudiantil, 1964-66

La creciente politización de la Universidad y el crecimiento del movimiento estudiantil contra el SEU en la primera mitad de los sesenta fueron procesos paralelos al propio desarrollo de la JEC española en esos años³¹. Los militantes y el movimiento JEC se sintieron crecientemente implicados y comprometidos en esa dinámica del movimiento estudiantil y, en consecuencia, experimentaron una serie de situaciones de crisis y tuvieron que responder a cuestiones que afectaban a su propia identidad y supervivencia como militantes y como movimiento cristiano. Por ello, en este tiempo corto, pero intenso, de la JEC, que se corresponde con los años 1964-66, se revelan con especial claridad los problemas que planteaba el paso de la militancia apostólica a la política y la posible compatibilidad y coexistencia entre esas dos militancias; y, en último extremo, el sentido mismo de la supervivencia de un movimiento apostólico distinto de cualquier otra organización política.

Las primeras campañas de la JEC universitaria y media, masculina y femenina, en los años 1962 al 64, centraron su atención en la promoción de una conciencia social, responsable del propio estudio como trabajo. Conciencia autocrítica respecto a la condición privilegiada del universitario, y su futura responsabilidad social como clase dirigente. Los objetivos y los compromisos planteados tenían sobre todo una dimensión social más que

30. Acta de la reunión plenaria, N° 1523-1524, CÁRCEL ORTÍ, V. (1994), pp. 793-794; el ponente fue el arzobispo de Madrid, Morcillo, que había sido encargado por los Metropolitanos para el seguimiento del Congreso-Asamblea de la Juventud.

31. Sobre la evolución del SEU y del movimiento estudiantil en esos años, RUIZ CARNICER, M. A., *op. cit.* Una aproximación a la historia de la JEC en sus diversas etapas, en la publicación de cincuentenario, MONTERO, F. (1998).

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

directamente política, referida más al cambio de las personas en un sentido solidario que al de las estructuras. Aunque ya se planteaban como objetivos la “democratización de la universidad, y la mejora de la representación sindical”³². Pero a partir especialmente de la explosión del movimiento estudiantil en el curso 64-65, la reflexión de la JEC quedó absorbida por los nuevos problemas y cuestiones que plantea la creciente implicación de los militantes en esa lucha sindical y política. Esta reflexión alcanza una definición teórica en unas *Bases doctrinales*, verdadero documento de identidad, que la JEC estudió y aprobó en abril de 1965, en su IV consejo nacional.

Para la elaboración de las *Bases* se formaron cinco comisiones que habrían de estudiar los problemas y cuestiones que la nueva situación planteaba: “la situación de la Universidad”, “el campo de acción específico de la JEC”, el “compromiso del militante en estructuras y grupos”, “lo específico del militante JEC”, y “el compromiso de dirigentes JEC/F en grupos y estructuras”. Una problemática común envolvía a todas ellas, expresión de la cuestión fundamental que importaba aclarar hacia el interior y el exterior: lo común y lo específico del compromiso cristiano, el militante y el movimiento, en una lucha temporal, política, en la que coincidían y colaboraban con otros militantes y organizaciones no cristianas.

La JEC era consciente de las consecuencias negativas que la urgencia y radicalidad del compromiso podían acarrear al proceso de maduración personal de sus militantes, a la imagen exterior del movimiento, cuya identidad cristiana podía quedar comprometida, y a su relación con la jerarquía eclesiástica que trataba de salvaguardar respetando e interpretando el significado del “mandato” apostólico, característica esencial de la AC.

El curso 1965-66, de acuerdo con las expectativas del movimiento estudiantil, se abrió con preocupaciones y reflexiones análogas, si cabe más urgentes y preocupantes, en la medida en que aumentaba el compromiso de los militantes, y el ingreso o colaboración con las organizaciones clandestinas (la FUDE). En septiembre de 1965 se preparaba una reunión extraordinaria de la JEC universitaria para reflexionar sobre “los problemas concretos que plantea la acción”³³. Partiendo de las *Bases doctrinales* aprobadas en Cuenca, se trataba de salvar los riesgos y peligros que la “doble militan-

32. Vid. los materiales presentados en los tres primeros consejos nacionales de la JEC, en 1962, 1963 y 1964, Archivo JEC,

33. Documento interno, el 22-IX-65, preparatorio de un “Pleno extraordinario de universidad”, A. JEC

cia” estaba planteando a cada militante, a los dirigentes y al conjunto del movimiento. Por vía negativa se insistía en deslindar el terreno de la militancia política, en una determinada organización, del de la pertenencia cristiana a un Movimiento apostólico que, ante todo, debía salvar su independencia y un mínimo pluralismo político en su interior. La cuestión era cómo salvar la especificidad de la JEC y no comprometer a la Iglesia en las opciones políticas personales de los militantes, sin renunciar por ello a las exigencias de compromiso temporal que nacían de la propia identidad de la JEC como movimiento apostólico en el medio estudiantil.

Los planteamientos y argumentaciones de estos documentos reconocen implícita y, en algunos casos de forma explícita, la creciente identificación de objetivos y acciones de los militantes de la JEC con otros militantes estudiantiles, y el ingreso de algunos en las organizaciones clandestinas como la FUDE. Hasta el punto de que la JEC se vio obligada a aclarar y recordar su diferencia respecto de esta organización, al margen de que a título personal algunos *jecistas* hubieran hecho esa opción:

“Por algunos centros se ha corrido el rumor de que la JEC está comprometida con la FUDE. Por otro lado, algunos representantes de esta se han dirigido al Presidente Nacional y a los responsables de la JEC en varias Facultades y Escuelas, con objeto de pedir el apoyo del Movimiento y la incorporación en bloque de los militantes jecistas a la acción política y sindical de la FUDE”.

Ante este rumor extendido, la JEC de Madrid en un breve comunicado “para uso exclusivo de los militantes” recordaba la identidad de la JEC como “Movimiento que tiene como misión fundamentalmente la evangelización y educación del medio estudiantil” y que “como Movimiento apostólico dependiente de la Jerarquía, no puede comprometerse ni aliarse con ninguna estructura temporal”. Y rechazaba taxativamente la pertenencia o colaboración de ningún militante de la JEC en la FUDE. La tarea de la JEC, según el mismo comunicado, era recomendar a sus militantes “que se comprometan en actividades temporales y les prepara para ello (...) pero no les dice qué sindicato, partido o asociación deben elegir, ni da soluciones técnicas, ni normas concretas”³⁴.

34. JEC, Comisión diocesana Madrid, “La JEC ante los acontecimientos políticos”, s.f. quizás corresponda a enero o febrero de 1966

Un comunicado tan rotundo y breve era quizás la respuesta a denuncias, formuladas en esa misma época por otros grupos de universitarios cristianos, sobre la estrecha colaboración e identificación de la JEC con grupos como la FUDE, integrada, según esta denuncia, en la estrategia política del Partido Comunista³⁵. Según este informe el análisis de la JEC sobre la situación de la universidad española no se correspondía con la realidad, y era un mero reflejo de los análisis políticos de la FUDE, a cuyo servicio, de hecho estaba trabajando la JEC

Por otra parte, la crítica de estos otros estudiantes cristianos a la línea de compromiso de la JEC, coincidía básicamente con la posición de la jerarquía eclesiástica: el compromiso político concreto que propiciaba la JEC y encarnaban sus militantes desbordaba la naturaleza y los fines específicos de un movimiento de AC. Según este punto de vista, en el que insistirá especialmente Guerra Campos en su interpretación de la crisis de ACE, el conflicto de la JEC francesa con la jerarquía en marzo-abril de 1965, era un precedente claro del conflicto español. En ambos casos el problema de fondo era la cuestión del “mandato”, es decir la identificación del movimiento de AC con las directrices pastorales de la jerarquía, al servicio exclusivo de su misión apostólica. En ese contexto el compromiso temporal de la JEC con los problemas del medio y del movimiento estudiantil tenía fuertes limitaciones. Las cinco preguntas formuladas por el obispo Veuillot a los dirigentes de la JEC francesa trataban de afirmar esa naturaleza original de un movimiento de AC. La respuesta negativa de los dirigentes seculares franceses por temor a perder sus compromisos con su ambiente social, les había autoexcluido provocando inicialmente una escisión de la JEC³⁶.

Este paralelismo que sugiere Guerra Campos en su interpretación “a posteriori” de la crisis de la ACE, debió efectivamente contribuir a aumentar los celos y tensiones entre la línea no sólo de la JEC, sino del conjunto de los movimientos de la JACE y la jerarquía eclesiástica española. Así lo percibieron con temor los responsables de la JACE; y de hecho influyó, junto a

35. “Observaciones de un grupo de estudiantes católicos a un Informe de la Comisión nacional de la JEC/F sobre la situación universitaria” (diciembre 1965), doc. 32.3, y 33, de la recopilación documental de GUERRA CAMPOS, J. (1989), 190-211. Así como el informe “Plan comunista de movilización de los estudiantes en los años sesenta”, elaborado por el grupo IDOPA, formado por jóvenes graduados católicos, dentro de una publicación conjunta *Planificación comunista para España*, ADUE, 1976, reproducido como doc. 34 en GUERRA CAMPOS, J. (1989), 211-216

36. Las preguntas de la jerarquía francesa y las respuestas de la JEC, así como algunos cruces de cartas entre el obispo Veuillot y los dirigentes de la JEC francesa, en GUERRA CAMPOS, J. (1989), doc. 37.

otros factores, en la decisión de suspender el Congreso masivo de juventud, previsto para junio de 1965, y también en la no publicación de la declaración sobre la situación en la universidad que había preparado la JEC en marzo del 65. Todas estas medidas de prudente moderación trataban de evitar o retrasar el choque con las autoridades gubernamentales y eclesiásticas.

Ahora bien, aceptando los elementos comunes entre el conflicto de la JEC francesa con la jerarquía (marzo 65) y el posterior de la JEC española (marzo 67) —es decir, la tendencia de la JEC a concretar compromisos y opciones políticas en competencia con otras organizaciones estudiantiles, desbordando la naturaleza “apolítica” de la AC—, el conflicto español presenta características peculiares que lo diferencian también significativamente. La naturaleza autoritaria del régimen de Franco, y la consiguiente falta de libertades, hacía inviable la normal y pública expresión del movimiento y las organizaciones estudiantiles; y, por tanto, según el análisis de Hermet, los movimientos como la JOC o la JEC asumían la función tribunicia de portavoces y garantes legales de organizaciones clandestinas. Esa frontera ambigua entre el compromiso y la actividad apostólica y la directamente política y sindical, legal, semilegal o clandestina, era difícil de trazar, y venía a justificar en alguna medida los desbordamientos “políticos” de los movimientos. En el caso del conflicto español, entre la AC y la jerarquía que se desató en el verano de 1966, comenzando por los movimientos especializados y alcanzando en 1968 al conjunto de la AC, lo que se produjo fue una discrepancia entre dos posiciones políticas: una colaboracionista y respetuosa con el régimen (la que representaban la gran mayoría de los obispos en ese momento), y otra crítica y crecientemente rupturista (la que representaban especialmente los movimientos de AC).

La JOC y la lucha sindical

Durante la primera mitad de los años 60 la JOC continuó creciendo y expandiéndose en el marco del auge general de los movimientos juveniles de la JACE, contribuyendo, sin duda de forma decisiva, en esa marcha del conjunto hacia el Congreso de la juventud de 1965. La actividad general de la JOC, fiel a su identidad y objetivos, preferentemente educativos, trataba de difundir y ampliar la conciencia de la propia dignidad obrera, a través de las campañas y de los servicios, y muy especialmente a través de su periódico “*Juventud Obrera*”, denunciando, en consecuencia, las situaciones sociales injustas. Ello le acarrearía problemas y tensiones con las autoridades y el sindicato oficial, censura y descalificaciones a su periódico, etc.

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

Pero además de su compromiso colectivo, como movimiento, y muy especialmente su defensa de las razones de los trabajadores en conflictos como las huelgas de la primavera de 1962, los militantes, cada vez más, se sentían comprometidos directamente en la gestación de un nuevo sindicato obrero, independiente de cualquier mediación partidista, aconfesional pero inspirado en el personalismo cristiano, y en el socialismo autogestionario: la Unión Sindical Obrera, constituida en 1961 a partir mayoritariamente de militantes de la JOC. Los testimonios y análisis sobre la gestación y primera fase de la USO, entre 1961 y 1965, destacan la estrecha vinculación de la nueva e incipiente organización sindical con los cuadros, militantes e infraestructura de la JOC. De la misma manera que Vanguardias Obreras fueron la matriz y la cobertura de la AST, la JOC lo fue respecto de la USO. La primera implantación de la USO corría paralela a la del movimiento apostólico; y los primeros núcleos regionales de la USO se configuraron en torno a militantes o exmilitantes cualificados de la JOC. En una determinada fase de concienciación y compromiso, el militante de la JOC asumía de forma muy natural el ingreso en la organización sindical clandestina, sin por ello necesariamente dejar de pertenecer al movimiento apostólico.

Esta situación de doble militancia, que los miembros asumían a título personal, sin comprometer la naturaleza apolítica del movimiento apostólico, no parece que generara, de momento, crisis de identidad del propio movimiento. A la altura de 1966 la JOC como el resto de los movimientos juveniles, parecía gozar de buena salud.

Conviene advertir que esta fundación y maduración de la identidad de la USO se hizo en el tiempo en el que en Europa la Internacional sindical cristiana asumía la aconfesionalidad a la vez que una orientación socialista humanista con el correspondiente cambio de siglas. La misma que definiría la USO en su carta fundacional, superando otros proyectos sindicales de carácter cristiano³⁷.

37. Entre 1958 y 1960 la Internacional sindical cristiana, la CSIC, apoyó los proyectos de crear sindicatos cristianos en España, como la FST (Federación Solidaria de Trabajadores), y la SOCC (Solidaridad de Obreros Cristianos de Cataluña). En 1964 de la CFTC, sindical cristiana, referencia inicial de la USO, se escindió la CFDT, socialista, autogestionaria y partidaria de la autonomía sindical, también respecto de cualquier dependencia eclesial o democristiana. Vid. A. MATEOS, "Movimiento obrero y lucha sindical durante el franquismo", y MARTÍN ARTILES, A., "Orígenes e ideología de USO", ambos en *Proyecto*, 1, marzo 1987; también, MATEOS, A., "Los orígenes de la Unión Sindical Obrera: obrerismo juvenil cristiano, cultura sindicalista y proyecto socialista", en "XX Siglos", (*Los católicos y el nuevo Movimiento obrero*), 22, 1994, pp. 107-117.

Por tanto, en esta reconstrucción del nuevo movimiento obrero la JOC, junto con otros movimientos apostólicos como la HOAC y las Vanguardias Obreras, jugó un papel fundamental, contribuyendo a la formación de militantes y cuadros sindicales con sus propios métodos pedagógicos, dando cobertura legal a algunas actividades de los nuevos sindicatos, y representando en algunos casos las aspiraciones de los obreros, con justificaciones y apoyos de las reivindicaciones.

El impacto de la crisis: interrupción de un proceso, 1966-68

El conflicto de la jerarquía con la AC española, que estalló en el verano de 1966, afectó sobre todo a los movimientos juveniles agrupados en torno a la JACE, interrumpiendo bruscamente un proceso que, en ese momento, a pesar de algunos problemas, estaba en plena fase de expansión y consolidación. La JACE, como coordinadora de los movimientos, prácticamente desapareció. El cese de los consiliarios y la dimisión progresiva de los dirigentes nacionales de los respectivos movimientos provocó un vacío orgánico, institucional y real, un importante descenso de militantes y actividades, y, en casi todos los casos, salvo la JOC, su desaparición al menos momentánea. Todos ellos tuvieron que atravesar una más o menos larga "travesía del desierto" de la que algunos nunca se recuperaron.

Estas crisis y disoluciones no se debieron sólo a la inicial presión de la jerarquía, sino que pusieron de manifiesto problemas internos, crisis de identidad, que tenían que ver no sólo con su relación con la jerarquía, sino con la razón de ser de la propia militancia cristiana en confrontación con otras directamente volcadas en la lucha política. Seguramente estas crisis internas de identidad, relacionadas con la conflictiva tensión entre fe y política, habrían sobrevenido pronto, como había ocurrido en los movimientos europeos; pero el conflicto con la jerarquía (crisis externa) anticipó esos procesos, dejando a los movimientos en las peores condiciones para poder encauzar sus crisis de identidad.

La JOC, junto con la HOAC, supo o pudo aguantar mejor la crisis externa, negociando con la Comisión episcopal de apostolado seglar (CEAS) un estatus específico, autónomo, que garantizaba el respeto a sus métodos y línea, en el conjunto del nuevo estatuto de la ACE. Pero en su trayectoria posterior, en los últimos años del franquismo y primeros de la transición, se manifestaron sucesivas crisis internas o sobre la pertinencia de

la JOC en un contexto político y sindical cada vez más radicalizado, en el que los militantes se hallaban plenamente inmersos³⁸.

Algo parecido ocurrió en la Juventud Estudiante (JEC), con el agravante de que en este caso, el vacío institucional del periodo 1967-1973, hizo mucho más costosa la recuperación³⁹. En todos los casos, el cambio de actitud de la jerarquía a partir de 1972, con las nuevas *Orientaciones sobre Apostolado Seglar* que significaban un reconocimiento pleno de la línea abortada en 1966, propiciaron la recuperación y el encauzamiento de las crisis de identidad. Pero la radical politización del final del franquismo y el proceso de transición añadían, en el caso de España, nuevos retos a la militancia cristiana. Para muchos exmilitantes y exconsiliarios el tiempo de los movimientos había pasado definitivamente. Sólo quedaban, por separado, la lucha política en los partidos, los sindicatos o los movimientos vecinales, y la vivencia cristiana en las comunidades de base.

La Juventud Rural, muy pujante en los años sesenta, estrechamente ligada al movimiento europeo, sufrió doblemente el impacto del conflicto con la jerarquía por la propia evolución del sector rural: el proceso acelerado de desintegración por los procesos migratorios y los cambios en la producción y comercialización agraria. Una vez más era un proceso europeo (que ha sido señalado por algunos para interpretar su decadencia), pero que en España tuvo una incidencia más acelerada. En todo caso, el nivel de reflexión y compromiso alcanzado por la Juventud Rural antes del conflicto con la jerarquía, se aprecia bien en su boletín, "Militante Rural", en su participación masiva en el Congreso de la juventud de 1965, y en el informe sobre la situación de la juventud rural en España que remitió a la jerarquía española en 1967, junto con la carta de dimisión de los dirigentes.

De los cuatro movimientos juveniles, la Juventud Independiente (JIC), que había sido el último en constituirse, era quizás también el menos "politizado" a la altura de 1966. Su reflexión, sus compromisos y actividades durante la campaña conjunta de 1965 se habían centrado fundamentalmente en la dignificación de los "tiempos libres", y en el descubrimiento de

38. Para la última evolución de la JOC y caracterización de sus crisis, vid. SANZ FERNÁNDEZ, F., "El proceso de secularización de los métodos educativos de la AC vistos a través de la evolución de la Juventud Obrera Católica", en VERGARA, J. (ed.) *Estudios sobre la secularización docente en España*, UNED, 1997, pp. 205-262

39. Sobre el impacto de la crisis en la JEC y la "travesía del desierto", vid. los trabajos de F. TAUSTE, y de M. ÁLVAREZ, en MONTERO, F. (1998), 95-110

lugares sociales de participación. Por ello resulta tanto más significativo de los nuevos tiempos de la militancia cristiana en el final del franquismo, el talante comprometido con el que se reconstruyó a partir de 1969.

Entre los movimientos juveniles especializados la JIC/F sufrió acusadamente las consecuencias de la crisis de 1966-68, pues cuando se produjo ésta apenas había tenido tiempo de consolidarse como movimiento. La rama masculina se había constituido en 1959, casi coincidiendo con la aprobación del nuevo estatuto; pero la rama femenina lo había hecho en 1961, tras la superación de la resistencia de la juventud femenina (JACEF) a la nueva línea de los movimientos. Antes de la crisis de 1966-68 la JIC no parece que impulsara entre sus militantes la exigencia de un compromiso temporal de dimensión política. Aunque su línea ideológica y metodológica había asumido ya las exigencias de la *revisión de vida*, el compromiso de los militantes en el medio, con una dimensión más cívica que política, trataba de impulsar sobre todo los valores de participación en las comunidades más próximas. Sin embargo, tras la crisis, los intentos de reconstrucción del movimiento a partir de 1969 impulsan una decidida politización, acorde con la tendencia general del momento en el resto de los movimientos. Diríase que la crisis y el clima político y eclesial radicalizaron las exigencias de militancia católica en general, incluida la de los movimientos como la JIC.

La nueva etapa de la JIC/F, a partir de 1969, parte de una fuerte auto-crítica a las limitaciones ideológicas y políticas del movimiento (en relación con un modelo ideal de compromiso liberador y revolucionario), que atribuye sociológicamente a las limitaciones y contradicciones propias del medio urbano "independiente" al que pertenece. Por tanto una nueva orientación de la JIC, más comprometida social y políticamente, de transformación revolucionaria y cristiana, pasaba paradójicamente, según la propia reflexión del movimiento JIC, por un proceso a las "clases medias" como clases conservadoras y por una invitación a desclasarse asumiendo la conciencia y los objetivos del proletariado.

Esta reflexión global sobre la evolución de los movimientos especializados agrupados en torno a la JACE, centrada especialmente en la década que va de 1956 al conflicto con la jerarquía en 1966, está necesitada tanto de estudios globales como sectoriales de cada uno de los movimientos, estudios tanto de su dinámica interna como de su proyección social y política. Aquí se ha presentado un marco global y se han sugerido algunas propuestas para esas investigaciones: en primer lugar la necesidad de contex-

LOS MOVIMIENTOS JUVENILES DE ACCIÓN CATÓLICA

tualizar eclesial, social y políticamente esas historias de los movimientos, como parte de la historia general del franquismo; en segundo lugar la conveniencia de utilizar en perspectiva comparada los estudios sobre los Movimientos en Francia y en Italia, donde se plantean con algún pequeño desfase temporal cuestiones análogas a las suscitadas en España. No hay que olvidar que, a pesar del aislamiento español, la vida de los movimientos tiene una dimensión europea e internacional. Y la reflexión de los movimientos españoles está marcada por la participación en múltiples encuentros y reuniones internacionales. Además de que varios dirigentes españoles se convirtieron en responsables de las respectivas organizaciones internacionales. No hace falta insistir en que la investigación de la historia de los movimientos y especialmente de su proyección social y política, depende sobre todo de las fuentes orales. Sólo recuperando las trayectorias vitales y los testimonios orales y escritos de los militantes se puede rehacer una historia por otra parte difícilmente conservada en los archivos.